

HÁBITAT SINGULARES EN LA EDAD ANTIGUA (I). LA CUEVA DE LAS PEÑAS BLANCAS EN LAS LOMAS DE LA CARRASCA (CARTAGENA)

Pedro Lillo Carpio

RÉSUMÉ

On essaie d'analyser dans ce travail un ensemble archéologique en grotte dont la chronologie peut être située dans le passage des siècles II au I a. C. et dont les traits les plus importants sont:

— Apparition de formes campaniennes b qui pourraient provenir d'ateliers de potier de Carthage Nova.

— Des restes de productions d'amphores qui pourraient être originaires, également, de Carthage.

— Apparition d'un buccin, une donnée constatée dans les sources et par l'archéologie dans d'autres sites, mais trouvée pour la première fois dans notre zone dans un contexte archéologique de cette époque.

El proceso de romanización en el área surestina de la Península Ibérica es muy temprano y rápido como nos narran las fuentes y corroboran los testimonios arqueológicos correspondientes a esas fechas ¹.

Las peculiares características del hinterland próximo a Cartago-Nova originan o más bien mantienen unos hábitat tipo además del propiamente urbano. Estos hábitat son parte de la sólida infraestructura de la ciudad portuaria, comercial y exportadora.

Hallamos significativas muestras de emplazamientos rurales en función de las explotaciones mineras o de su gestión financiera y burocrática. Algunas de ellas son claro exponente del extraordinario auge de que gozaron perso-

najes de notable poder económico ². Otras, más al interior, son claros representantes de una sólida estructura agropecuaria. Aprovechan, canalizan y mejoran los escasos recursos hídricos, planifican explotaciones agrícolas de secano y mejoran las indispensables fuentes alimentarias proveedoras de la ciudad que crece y de sus mercados exteriores.

Pero otras formas de vida, generalmente bajo la constante de la escasez, quedan al margen del esquema convencional.

Vamos aquí a referirnos a unos testimonios materiales que dan muestra de un singular y modesto tipo de hábitat, posiblemente temporal y relacionado con una actividad pecuaria. Es una angosta y profunda gruta, debidamente resguardada y fácilmente defendible que, con testimonios de una presencia anterior, sirvió de refugio pastoril probablemente en el tránsito de los siglos II al I a. C.

La Cueva de las Peñas Blancas se halla, a media altura,

¹ LILLO CARPIO, P. A.: *El poblamiento ibérico en Murcia*. Murcia, 1981.

BELDA NAVARRO, C.: *El proceso de romanización de la provincia de Murcia*. Murcia, 1975.

RAMALLO ASENSIO, S.: *Mosaicos romanos de Carthago Nova*. Murcia, 1985.

² SAN MARTÍN, P.: *La villa romana de la Bahía de Portmán (Cartagena)*, Mastia, 2, 1973.

en los cantiles que coronan la vertiente N. W. de las Lomas de las Carrascas, al pie de cuya pronunciada pendiente discurre el cauce de la Rambla del Cañar, por el fondo del desfiladero que, jalonado de manantiales, atraviesa los relieves litorales y comunica el Campo de Cartagena con el Litoral de Isla Plana³.

Una vez remontada la vertiente, en los acantilados calizos, y a 8 metros de la base, se halla la gruta kárstica de morfología tubular que nos ocupa, a la parte izquierda de un voladizo de unos 7 metros de anchura. La cornisa, orientada al N. W. queda, en gran parte, cubierta por la vegetación natural en que predominan las zarzas (*Rubus fruticosus*) y palmitos (*Chamaerops humilis*). Al parecer la cornisa fue ampliada y rellenada por el hombre. Sobre una serie de piedras dispuestas como base debieron amontonar la tierra extraída del interior de la cueva, posiblemente trabada con ramas y arbustos. Esta cornisa, que tiene una extensión de una quincena de metros cuadrados queda así, a modo de balconada sobre el cauce de la rambla y es inaccesible a no ser que se disponga de cuerdas u otro tipo de ingenio para escalar a la misma. Este factor pudo ser el determinante que indujo a su utilización al quedar el lugar totalmente protegido del acceso de las alimañas mayores y posiblemente hasta el hombre. Por otra parte y dada su ubicación, la cueva tiene la peculiaridad de no ser visible desde abajo ni por los laterales del cantil y sólo se presenta a la vista cuando se accede a la terraza. Este hecho la convierte en un refugio ideal por lo camuflado de su situación.

LA GRUTA

Tras el difícil acceso por el tramo de cavidad tubular de 0,60 m. de luz, la gruta se hace ligeramente más ancha y sigue una dirección aproximada W.-E. en sus 40 m. de recorrido, con unas características kársticas funcionales y estrechas galerías laterales (lám. 1).

Es digno de mención constatar, lo que confirma lo disimulado y difícil de la entrada, que durante más de dos milenios, da la impresión de que no ha accedido nadie a la cueva hasta la llegada de los espeleólogos que la descubrieron e invitaron a visitarla⁴.

En toda su longitud la caverna ha sufrido sucesivas entradas de agua con la colmatación parcial del primer tramo de la misma. En el resto sedimentos procedentes de la descalcificación de techo y paredes que han originado pequeños depósitos, sobre todo en las oquedades de las pequeñas cámaras 1 y 2.

LAS PINTURAS RUPESTRES

No hemos hallado restos de industria lítica y tampoco de cerámica a mano indicativas de una presencia humana prehistórica en la terraza del abrigo ni en la caberna si exceptuamos una pequeña cuenta de collar discoidal aplastada con perforación central confeccionada con valva de *Petúnculus* (lám. 3, 17).

Aun así en la parte derecha de la concavidad que da acceso a la gruta, en la parte más protegida por la visera del abrigo, hay restos de pinturas rupestres. Muy deterioradas por el desconchado natural de la caliza, sólo un núcleo de pintura parece más conservado. Cabe conjeturar que se trata de un bóvido mayor al que le falta la cabeza. Está pintado en tinta plana, densa, de color rojo purpúreo. Sus dimensiones son de 13 cm. por 10 cm. aproximadamente.

EL INTERIOR DE LA GRUTA

La entrada, angosta de por sí, está actualmente en unas condiciones realmente difíciles de acceso dado que los materiales acumulados en la plataforma exterior de la cueva han ido progresivamente colmatando el acceso —que está a un nivel ligeramente más bajo— dejando apenas unos centímetros de vano.

Una vez en su interior pudimos constatar que en muchos años, quizás desde su última utilización constatable arqueológicamente, la cueva no había sido hollada por el hombre.

Los fragmentos cerámicos estaban a la vista en su mayor parte, así como la gran concha de gasterópodo utilizada o al menos utilizable como *buccina* en su día. Todo parecía responder a un abandono posiblemente súbito del refugio en un momento en el que se pudo romper de manera intencionada o fortuita el ánfora ahora reconstruida.

Cabe suponer que el aprovisionamiento de agua pudo hacerse en el mismo interior de la caverna donde, aún hoy, el karst vivo produce el goteo estalagmítico con una frecuencia suficiente como para llenar un recipiente de tamaño mediano a lo largo de algunas horas. Este hecho evitaría el penoso ascenso con las cargas de agua desde la Rambla.

El interior de la cueva hemos de calificarlo de extremadamente angosto, ya que no se puede permanecer erguido en ningún punto de ella. Si pensamos en una ocupación permanente o estacional en este sitio hemos de contar con el uso de la terraza o plataforma que sirve de vestíbulo a la cueva y bien pudo ser, cubierta de un entramado de troncos y ramas, la casa que debió servir de vivienda propiamente dicha. De esta forma quedaría razonablemente situada una cabaña en la sierra, con una especial ubicación defensiva, prácticamente inaccesible a alimañas o intrusos y con la considerable ventaja de tener un estrecho, largo y práctico almacén donde además poder guardar algún objeto del escaso ajuar y poder servirse de él como aprovisionador de agua potable (lám. 4).

³ El yacimiento se halla a 37°, 36' de lat. Norte y a 3°, 3', 30" de lat. Este y a 590 m. sobre el nivel del mar. Carta de Cartagena (n.º 977) del Instituto Geográfico Catastral.

⁴ Nuestro reconocimiento a nuestros amigos los hermanos Lanthelme y a Bruno que nos guiaron al yacimiento y colaboraron en todo momento. Los materiales han pasado al Museo Municipal de Cartagena.

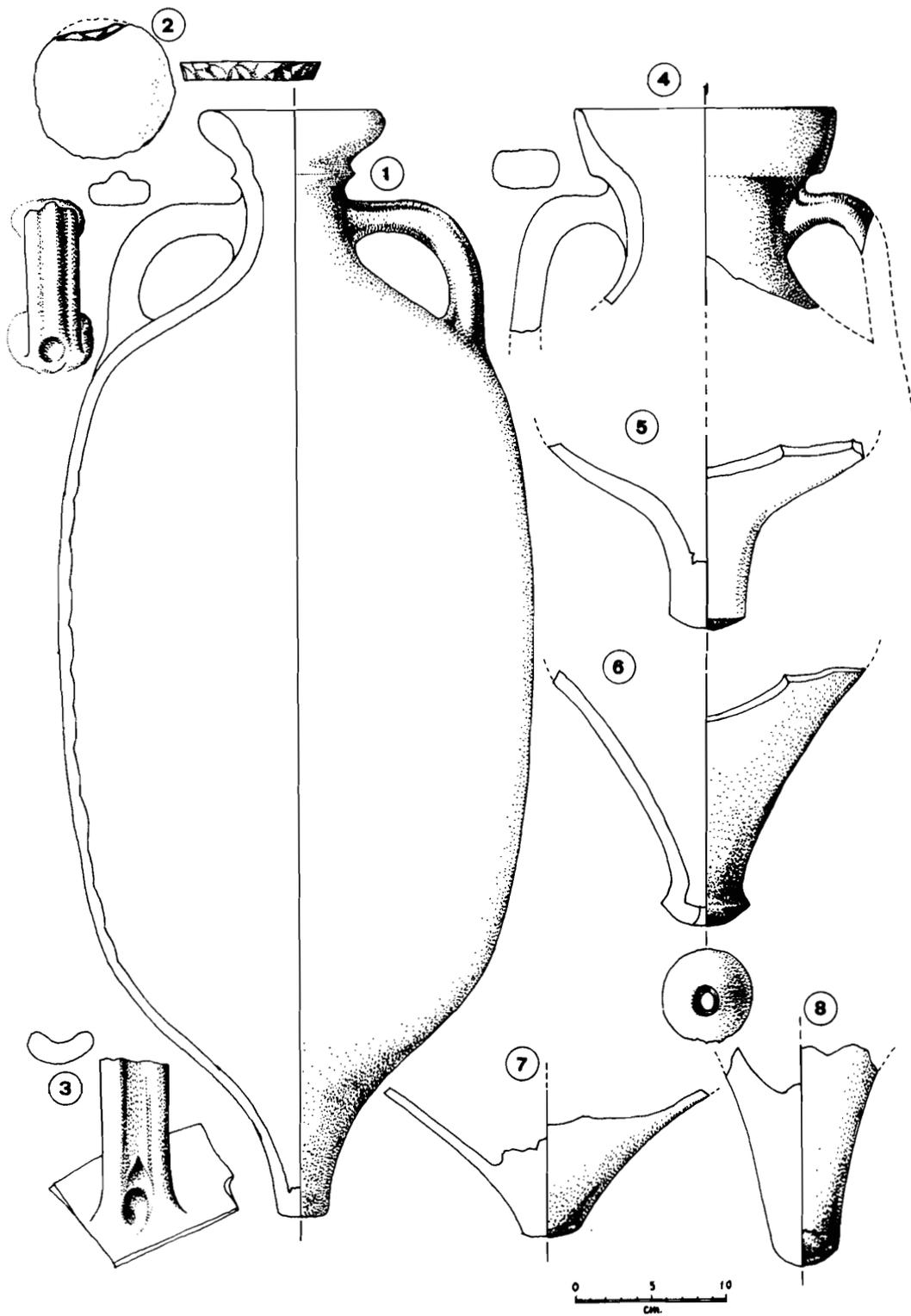


FIGURA 2 Materiales anfóricos procedentes del interior de la cueva de Peñas Blancas.

LOS MATERIALES

El conjunto de materiales hallados prácticamente en superficie o semicubiertos por las partículas pulverulentas procedentes de la descamación de la roca calcárea comprende un conjunto utilitario coherente desde los puntos de vista funcional y cronológico. Es el siguiente:

ÁNFORAS

1. Ánfora de pasta gris, con componente silíceo y textura áspera, labio exvasado grueso y cuello estrecho con moldura biselada sobre la unión a las asas. Dichas asas tienen nervadura central y doble surco, con oquedad circular profunda en la unión del asa con el hombro del ánfora. El cuerpo es cilíndrico, con fuertes marcas de torno en el interior, lo que le da una sección vertical ondulada. El apéndice basal es grueso, de tendencia cónica apuntada y la oquedad interior del mismo es muy pronunciada.

Es esta una forma asociable a las de tipo Dressel Ib. Corresponde tipológicamente a las formas de ciertos ejemplares del pecio de la nave de San Ferreol, estudiados por J. Mas⁵. Dicho autor la clasificó como forma Beltrán III dada su analogía tipológica a pesar de que la cronología del contexto general del pecio habría de retrotraerse a nuestro juicio y sincronizar con los materiales cuya cronología es de inicios del siglo I a. C.

En el mismo caso que las piezas de San Ferreol se halla este ánfora que mencionamos, asociada a un conjunto en que una cronología de primera mitad del siglo I a. C. sincroniza con el contexto general.

Hemos mencionado la notable coincidencia de esta pieza con el tipo hallado en el yacimiento submarino de San Ferreol. Los dos contextos, el del pecio, que pone de manifiesto un poderoso tráfico marítimo comercial, y el modestísimo hábitat que nos ocupa distan muy pocos kilómetros de distancia entre sí y de la metrópolis Cartaginense. La aparente rareza del tipo y su ausencia en las tablas de clasificación convencionales nos lleva a pensar en que puede estar relacionada con una producción anfórica local de Cartago-Nova, en la que no se ha reparado lo suficiente hasta la fecha (lám. 2, fig. 1).

2. Fragmento de cuerpo de ánfora, recortado en forma de pieza circular por percusión, en pasta común rosácea. Por su situación topográfica, junto a los fragmentos del ánfora 1, puede considerarse como tapadera de la misma (lám. 2, fig. 2).

3. Fragmento correspondiente a la parte superior de un ánfora, con parte de ambas asas. Corresponde al tipo que Peacock y Williams asocian a las formas Lamboglia 2 y Dressel 6⁶. Fernández Izquierdo hace referencia a estas

piezas asociadas con formas campanienses⁷ y M. Beltrán considera este tipo como imperial del siglo I a. C.

Quizás sea prudente encuadrar la pieza en el tránsito de los siglos II y I a. C., aunque, como tipo de envase industrial, pueda pervivir en la fabricación del modelo o, sobre todo, en su utilización como envase de utilización secundaria, (lám. 2, fig. 3).

4. Fragmento también correspondiente a la parte inferior de un ánfora con apéndice basal perforado de forma intencionada para su utilización como colector o embudo. Corresponde a la forma 2 de Lamboglia, tipo Azaila. Puede datarse en el primer cuarto del siglo I a. C.¹⁰ (lám. 2, fig. 6).

5. Fragmento basal de ánfora carente de apéndice por desgaste o rotura. Corresponde, como el n.º 5, a la forma 2 de Lamboglia, tipo Albenga. Puede datarse en la 1.ª mitad del siglo I a. C. (lám. 2, fig. 7).

8. Fragmento basal de ánfora correspondiente a la forma 2 de Lamboglia, tipo Azaila, con una cronología similar a la n.º 6 (lám. 2, fig. 8).

CERÁMICA DOMÉSTICA

9. Fragmentos correspondientes a una jarra en pasta gris, fina y de buena cocción. Carece la pieza de fondo y de su cuarto inferior. Se puede encuadrar en el tipo 38-7 de Mercedes Vega. En la conformación del cuello y la boca coincide con el tipo 46, la que denomina «jarra con pico trilobulado». La cronología dada para este tipo de piezas es a lo largo del siglo I a. C.¹¹ (lám. 3, fig. 6).

10. Bocal en pasta beige, porosa, con asa nervada. Carece de boca por rotura. Se le puede asociar al tipo 44-2 de Mercedes Vega. Su cronología es amplia, del siglo II a. C. hasta el II d. C.¹² (lám. 3, fig. 10).

11. Cuenco de pasta fina en cerámica rosa y decorado en barniz negro ceniciento. La pieza, aunque incompleta, da el perfil. Se le puede asociar a la forma I de Morel-2300-2320 (2321 c 1) como variante de la misma¹³. En la pieza que nos ocupa el fondo es más fino. Otra variante es la presencia de una uña biselada en el borde interno de nuestra pieza. Esta forma tiene también fuertes analogías con la forma 350 de Sannartí Grego¹⁴. Su cronología puede fijarse a inicios del siglo I a. C. (lám. 3, fig. 11).

7 FERNÁNDEZ IZQUIERDO, A.: *Las ánforas romanas de Valentia y su entorno marítimo*. Valencia, 1984, p. 66, fig. 25, al hacer referencia a los fragmentos hallados en la Plaza de la Virgen.

8 BELTRÁN LLORIS, M.: *Las ánforas romanas en España*. Zaragoza, 1970, pp. 392-392, figs. 153-6.

9 BELTRÁN LLORIS: Cita 8, pp. 350-352.

10 BELTRÁN LLORIS: Cita 8, pp. 350-352, fig. 129.

11 VEGA, M.: *Cerámica común romana del Mediterráneo Occidental*. Barcelona, 1973, p. 102, figs. 36 y 46.

12 VEGA, M.: Cita 11, pp. 108-109.

13 MOREL, J. P.: *Cerámique Campanienne. Les Formes*. Roma, 1981, n.ºs 2.300 ss.

14 SANMARTÍ GREGO, E.: *La cerámica campaniense de Emporion y Rhode*, I. Barcelona, 1978, n.º 350.

5 MAS GARCÍA, J.: «Excavaciones en el yacimiento submarino de San Ferreol (Costa de Cartagena)». *VI Congreso Internacional de Arqueología submarina*. Cartagena, 1982, fig. 24, p. 206.

6 PEACOCK, D. P. S. y WILLIAMS, D. F.: *Amphorae and the Roman economy*. New York, 1986, p. 98, figs. 34-8.

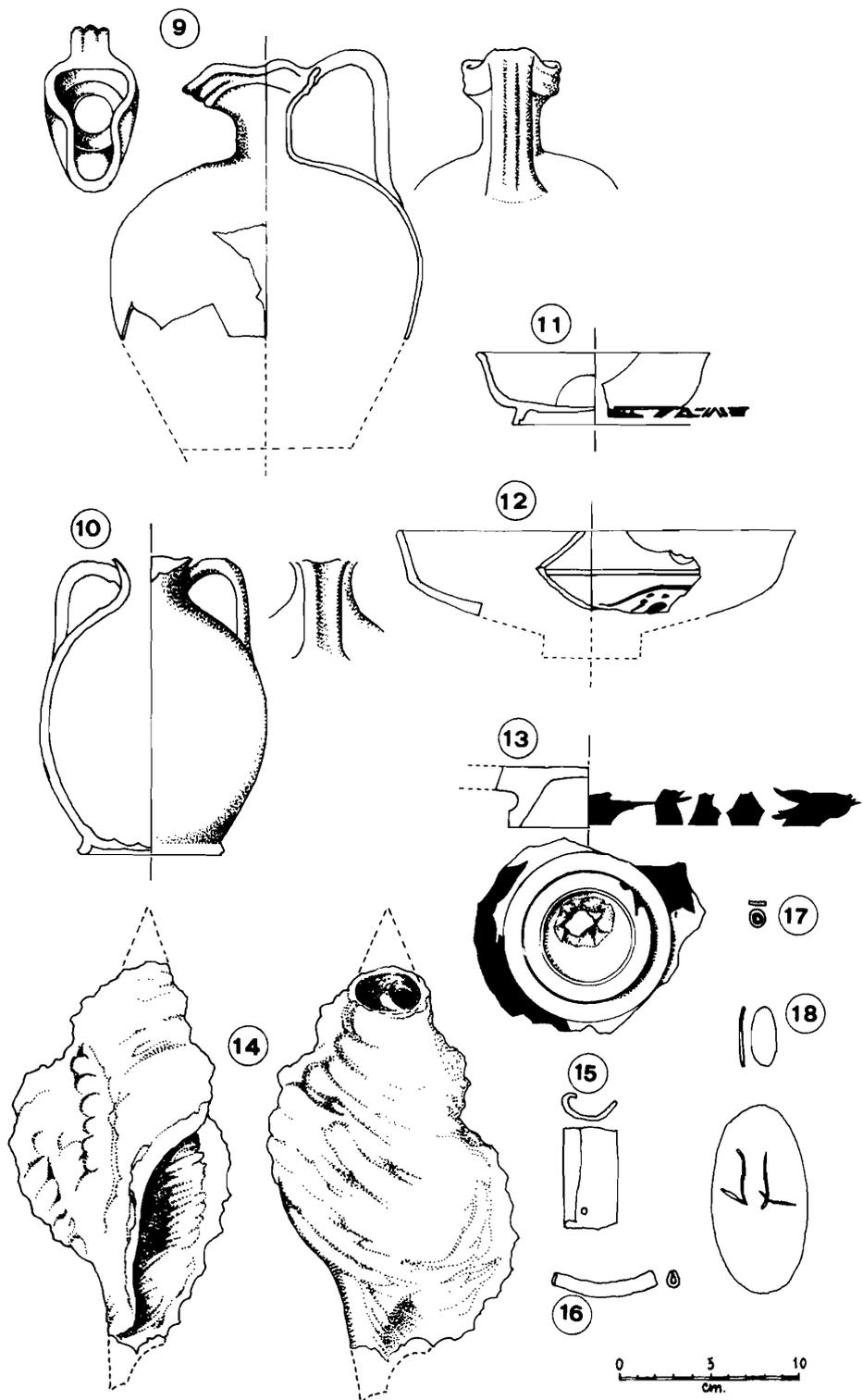


LÁMINA 3. Materiales procedentes de la cueva de Peñas Blancas.

Otra peculiaridad de la pieza es la aplicación que se ha hecho en ella del barniz, grisáceo, a base de trados oblicuos, a modo de irregulares *dientes de lobo*, a lo largo de la cara externa del anillo del pie. Estas particularidades nos hacen pensar, tanto al analizar esta pieza como al hacerlo con los números 12 y 13, en una fabricación local en Cartago-Nova o sus aledaños de piezas de barniz negro sobre modelos de la cerámica campaniense B con peculiares características de torneado y barnizado especialmente y que hasta ahora han podido pasar en cierto modo inadvertidas.

12. Fragmento de cuenco correspondiente al borde y parte del cuerpo. Es de pasta rosada y está recubierta de un barniz ceniciento sobre el que se ha decorado con pincel fino aplicando barniz negro, denso y brillante, de buena calidad. Podemos considerarla igualmente como una variante de la forma 2270 (2276 d 1) de Morel. Corresponde cronológicamente este tipo a inicios del siglo I a. C. (lám. 3, fig. 12).

13. Fragmento de cuenco, correspondiente a un pie anular. Es de pasta beige al que se aplicó barniz negro dado con pincel con la peculiar técnica a que hemos hecho referencia en la pieza n.º 11 y 12, lo que apunta a la posible existencia de unos alfares de imitación de formas campanienses en Cartago-Nova como ya hemos dicho (lám. 3, fig. 13).

OTROS MATERIALES

14. Fragmento de lámina rectangular de hierro batido con orificio, posiblemente para remache. Es probable que en su momento guarneciera un útil o emmangué de madera (lám. 3, fig. 15).

15. Pieza rectangular de lámina de plomo, doblada sobre sí en sentido longitudinal. Recuerda piezas similares que, desde época romana al menos, hallamos como lastres de redes de pesca (lám. 3, fig. 16).

16. Pieza de concha recortada y pulida, de forma cilíndrica aplastada, de color blanco marfil y con orificio central. Está hecha de concha de *pectúnculo*. Por su forma y técnica de fabricación se puede identificar con las cuentas de collar de este mismo material halladas en las inhumaciones eneolíticas de la región (lám. 3, fig. 17).

17. Pieza plana de perímetro ovalado y cantos redondeados hecha de concha de *pectúnculo* o quizás recogida así de la playa dado que la abrasión a que han sido sometidos sus cantos parece natural. En la parte interior de la valva lleva dos signos incisivos que recuerdan los caracteres JL (lám. 3, fig. 18).

18. Concha de gasterópodo mayor, *Charonia nodifera* (Lamarck, 1822) llamada *Tritón nodiferum*, el gasterópodo de más grandes dimensiones de la cuenca mediterránea. Tiene el apéndice posterior fracturado intencionadamente. Esta fractura podía haberse realizado para la extracción del cuerpo, comestible, del animal pero su lugar preciso de fractura nos hace pensar que fue utilizada como trompa o *buccina*.

La utilización de estas grandes conchas de gasterópodo en todo el ámbito mediterráneo se remonta al paleolítico. Con el devenir del tiempo este tipo de concha, utilizada en un principio con un valor más o menos funcional, comienza a tener un específico y doble significado:

— Es utilizada como bocina de llamada al insuflar aire por el orificio practicado en el extremo del apéndice posterior, haciendo la concha de caja de resonancia.

— Su carácter es ritual, cargado de sentido religioso y vinculado con los poderes o deidades relacionados con las aguas y su apaciguamiento.

El uso de las conchas de *tritón*, bien sea la *Choronia nodifera*, que está presente en todo el Mediterráneo o la *Choronia tritonis*, restringida al área oriental de este mar, está atestiguada en este doble sentido en el Egeo. Aparece en contextos arqueológicos bien estudiados en el minoico de Mallia, Knosos, Phaistos y Kommos. En Phaisto y Knosos en horizontes de área sagrada con un claro significado cultural¹⁵.

Con un uso netamente religioso va a perdurar desde la Edad del Bronce hasta la época clásica, siendo frecuentes las cuidadas reproducciones en piedra de estos gasterópodos¹⁶.

También hallamos testimonio de la utilización de las conchas de *tritón* en la costa Siria, posiblemente como influencia de las prácticas religiosas de la Edad del Bronce del Egeo. Así podemos constatar su presencia en Tell Qasile y en el tempo 200 de Qedem, siempre con claras muestras de su utilización como instrumento para emitir sonidos y en contextos de carácter religioso¹⁷.

Su valoración, significado mágico-religioso, contenido iconográfico y carácter práctico-funcional como instrumento de llamada o alarma queda plenamente contestado por las amplias referencias que los autores clásicos hacen al respecto.

Las conchas de *tritón* son símbolo y atributo de los dioses marinos, muy en especial de los *venti* y de *Tritón*, de quien heredan su nombre. Este último podía a su antojo apaciguar el mar u originar manejadas con sólo insuflar de un modo u otro en su concha. Aquí hallamos una de las cualidades más importantes del instrumento en manos de su divino dueño:

«... ordena a Tritón que peine a las olas con tinte de púrpura y que suene su concha sonora para obligar a que los mares acaten sus riberas y los ríos se encaucen nuevamente...»¹⁸.

Su relativa abundancia, lo eficaz de su sonido, su senci-

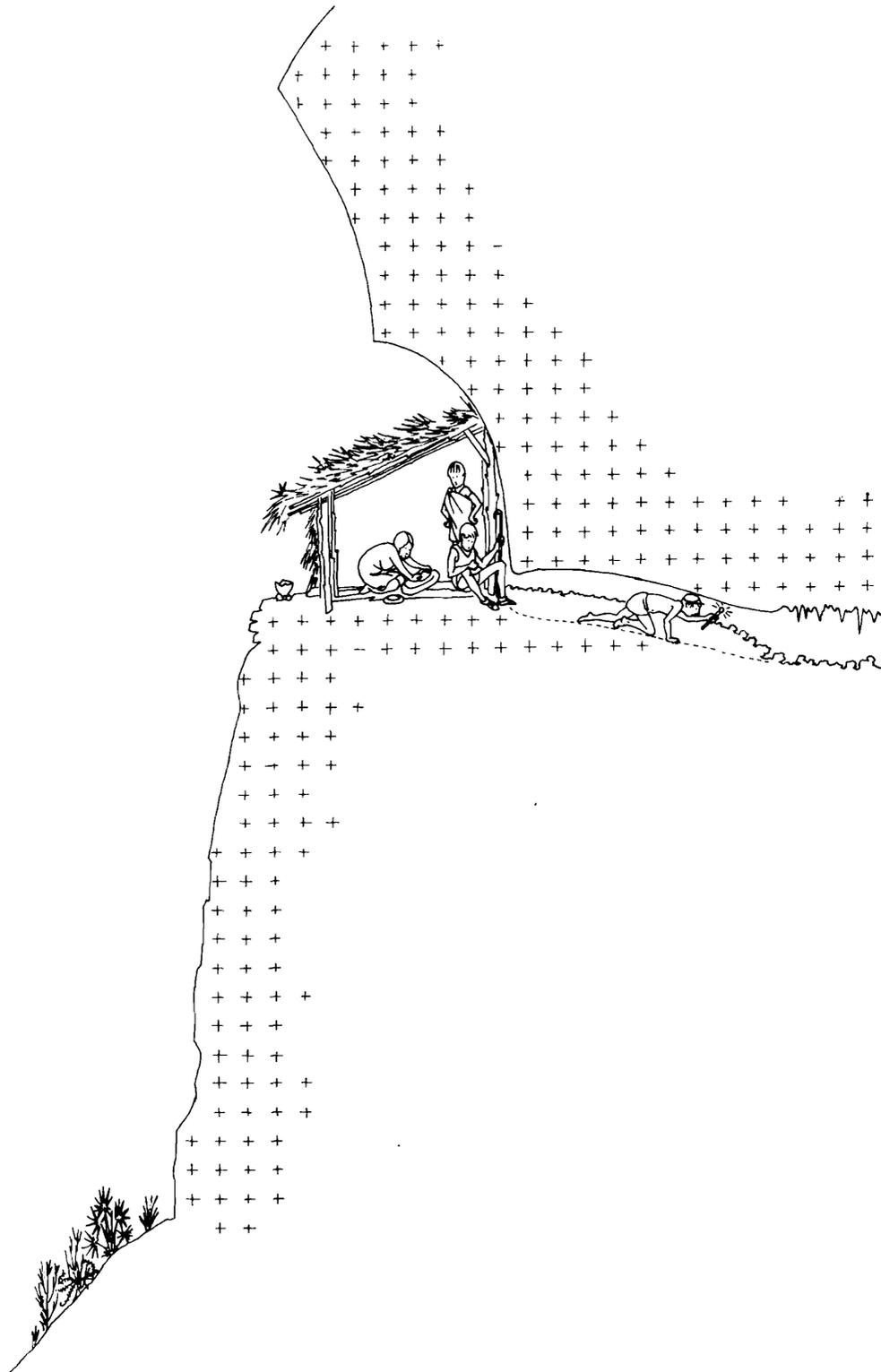
15 MYLONAS, G. E.: *Eleusis and the Eleusian Mysteries*. Princeton, 1961, pp. 31-54.

RENFREW, C.: *The Mycenaean Sanctuary at Phylakopi*. *Antiquity*, 52, 1978, pp. 7-15.

16 FRÖDIN, O. y PERSSON, A. W.: *Asine*. Stokholm 1938, pp. 74-76 y 308-310.

17 Mazar, Amihai. Qedem. *Monographs of the Institute of Archaeology*, 12. Jerusalem, 1980. Lám. 40: 9, pp. 118-119.

18 OVIDIO: *Las metamorfosis*. Ed. C.I.L. Madrid, 1986, L.I., p. 17.



LAMINA 4. Sección del cantil y primer tramo de la cueva con la posible reconstrucción del hábitat exterior de la misma en su época de ocupación.

lla utilización, su solidez y su fácil transporte bien pudieron influir para que su empleo pasase al ejército. Así pues se utilizó en el ámbito castrense romano para dar los toques de cambio de guardia como indican Tito Livio¹⁹ y Propercio²⁰ y para el toque de medianoche al que hace referencia Silo Itálico²¹. Según Tácito²² y Polibio²³ las guardias de vigilancia y el toque de fagina se regían con llamada de *buccina* y el propio Polibio nos describe el crítico momento en que los soldados oyen el toque de *buccina* que marca el momento de inicio del combate²⁴. Por otra parte, en época republicana, era corriente en Roma que las convocatorias a asambleas se hiciesen mediante los toques de este instrumento según Propercio²⁵ y Varrón²⁶.

Pero quizás hayamos de mirar hacia una utilización más prosaica de este instrumento para acercarnos a su originario empleo y al que pudieron darle a la pieza que nos ocupa, no por ello menos citado por los autores clásicos latinos: el de simple instrumento funcional de llamada.

Los pastos en general utilizaron la *buccina* para controlar a su ganado, así lo aseveran Polibio²⁷, Varrón²⁸, Propercio²⁹ y Columela³⁰.

Parece razonable pensar que la aparición de la referida pieza de difícil acceso, en un angosto y fértil valle, a una hora de camino de la costa y paso natural obligado del mar al Campus Espararius, esté relacionado con el cuidado ganadero.

Otro punto de vista sería el de pensar en un posible puesto de vigía para el control de área oriental de la actual Bahía de Mazarrón, que ya a inicios del II a. C. se ve ocupada por establecimientos de cierta entidad desde el punto de vista de la romanización.

De todos modos es un dato a tener en cuenta la presencia de un instrumento tan simple pero tan presente en la Arqueología del Mediterráneo en el contexto material de un modesto hábitat como el que referimos, sobre todo cuando hallamos su utilización aún vigente en nuestros días por los alrededores del lugar. Los vendedores ambulantes del área litoral y prelitoral suenan aún sus *caracolas* como toque de llamada a los compradores. Por otra parte aún están presentes en muchos hogares de agricultores de la Vega de Murcia las conchas de tritón utilizadas hasta hace pocos años para tocar la alerta en época de inundación por el desbordamiento de los ríos Segura y Guadalen-

tín sobre todo. Los modernos servicios de comunicaciones han conseguido en los últimos decenios relegar a objetos decorativos los ejemplares de *Tritón noriferum* conservados durante generaciones para su uso en los referidos momentos de contingencia.

Es posible que en su sentido práctico, como tético aviso del desastre inminente, hayamos de vislumbrar algo del poder de Tritón y sus divinos toques apaciguadores de los desastres fluviales a los que Ovidio hizo referencia.

CONCLUSIONES Y CRONOLOGÍA

Por su peculiar estructura y lo constreñido de sus dimensiones no podemos considerar esta gruta como un hábitat propiamente dicho. Es muy posible que una excavación cuidada ponga en su día de manifiesto los restos de unas estructuras exteriores a modo de cabaña, adosada al abrigo, donde se halla la boca de entrada. Este hecho daría lógica razón de ser a la utilización de la cueva como anexo a la vivienda a modo de almacén, reservorio de agua potable y en casos extremos de climatología adversa, de refugio.

Los materiales, modestos y escasos, parecen ser los imprescindibles para la supervivencia de un grupo muy reducido de personas si investigaciones posteriores no ponen al descubierto conjuntos mayores procedentes de la parte aterrada del exterior. Hay restos de un bocal pequeño una jarra, tres cuencos, eso sí, de barniz y tipo campaniense, un ánfora y restos reutilizados de otras como embudo, morteros, majaderos o simples receptáculos de provisión de líquidos, lo que indica una precariedad de medios considerable.

Especial atención merecen los cuencos de barniz negro ya que pueden dar lugar a una revisión de las formas campanienses, especialmente las b, de Cartago Nova y su hinterland inmediato, para tratar de recabar más datos acerca de la existencia de una producción local de este tipo de cerámicas, propia y distinta.

Por último, la concha de tritón, por sus peculiaridades y particular contexto de hallazgo la consideramos de un notable interés.

La cronología de los materiales hallados nos parece congruente dado que, por su tipología, son fechables entre fines del siglo II a. C. y primera mitad del siglo I a. C. Según estos datos la cueva tuvo una presencia humana en época romana muy reducida en el tiempo. Podríamos considerar pues que sólo una generación pudo hacer uso de ella. Después nadie alteró el lugar hasta nuestros días.

19 Tito Livio (VII, 35) y (XXVI, 15). Las referencias romanas hacen mención en principio al gasterópodo si bien más tarde el nombre pasará a instrumentos de viento metálicos o de asta.

20 PROPERCIO (IV, 4, 63).

21 SILO ITÁLICO (VII, 154).

22 TÁCITO (An. XV, 30).

23 POLIBIO (VI, 35-36).

24 POLIBIO (XV, 12).

25 PROPERCIO (IV, 1-13).

26 VARRÓN (Ling. Lat. V, 91).

27 POLIBIO (XII, 4, 6).

28 VARRÓN (Rus. III, 131).

29 PROPERCIO (IV, 10, 29).

30 COLUMELA, (VI, 23, 3).